

X JUANA DE IBARBOUROU

X AUTOBIOGRAFIA LIRICA

Dos causas y razones esenciales me han impulsado a asistir hoy a esta simpática reunión de la cultura, rompiendo por una vez con la amada costumbre de mi vida casi monacal: el que la invitación me haya sido formulada por Eduardo de Salterain y Herrera, uno de nuestros más valiosos y brillantes hombres de letras y amigo mío de mi profunda estima, y el hecho de que, aceptándola, yo habría de sentirme, por un fragmento de tiempo mínimo e incommensurable, rodeada por mi América Latina, sintetizada casi país a país, por grupos juveniles que significan su civilización ya afectiva y creciente, la esperanza de que el gran continente vencerá, con el empuje de su juventud estudiosa, sus graves, dolorosos problemas raciales, y la seguridad de que esa juventud, generación a generación, ha de hacer la América de la cultura y el arte, como los conquistadores hicieron, en especial, la América de la conquista y el oro. Maestros y profesores entre los cuales habrá muchos escritores y poetas, darán el equilibrio del ensueño con la enseñanza primaria y superior del niño al adulto, desde la montaña y el altiplano a la ciudad y la aldea; y se vencerá así la tiniebla del analfabetismo de tan tremendas proporciones aún, dándole a nuestra América una clara conciencia colectiva, una unidad sin otras fronteras que las geográficas naturales, para que en ella tenga más poder el hombre de letras que el hombre de sable, imponiéndose con sus jóvenes fuerzas decisivas en todos los problemas humanos, planteados desde que sus calendarios empezaron a contar los siglos.

Saludo hoy a todos mis compatriotas suramericanos presentes y ausentes, con amor y esperanza. La esperanza es el firme cimiento de la seguridad futura. Seguirán rea-

lizándose congresos de educación, de ciencia, de arte; vendrán otras dulces muchachas y otros jóvenes alucinados y creo que andando los años, algunos han de llevarme rosas y violetas (violetas como aquellas de mi 10 de Agosto de 1929) a la casa de piedra roja donde ahora duermen en paz los míos que ya no están sobre la tierra, y América dominará el mundo como hasta ahora lo domina Europa con su civiliización rica y preciosa. Pero nuestra América ha de hacer que ese verbo, **dominar**, no tenga filodolor, peligro, tortura muerte por la mano asesina del hombre que tortura y mata al hombre, si no de felicidad en un mundo de pacíficos conquistadores de la luz, en el que no serán olvidados ni siquiera los buenos animales de Dios, que ahora anegan con su sangre el polvo del planeta, para que la gran mayoría de la humanidad sanguinaria goce con su sacrificio.

Como cada uno da lo que tiene (la perogrullada de algunos refranes suele ser tan cómica como útil) yo voy a leer a continuación algunas páginas autobiográficas y, desde luego, infidentes a mí misma. Se las entrego a todos los presentes, como el único regalo que puedo hacerles. Pero deseo dedicárselas especialmente a dos personas a quienes yo quiero mucho, subrayando públicamente con sus nombres el pequeño regalo: a DELIA LOPEZ NIN, amiga inválida por su espíritu refinado y su lealtad beatífica y a MANOELITO DE ORNELLAS, que con tanto honor representa donde quiera que vaya, la vsata cultura de su "brujo Brasil deslumbrador". La elección de estos dos nombres, entre todos, significa pleitesía por el afecto y el conocimiento. Porque, por lo demás, es para todos esta lectura en que entrego una hora de mi vida ceñidamente dedicada a la poesía, como un fiel maestro tintorero o grabador la habría dedicado entresacándola al oficio de toda su existencia.

Siempre, respecto al artista hay una curiosidad general sobre los detalles de sus comienzos. ¿Significan éstos algo en la obra ya realizada? ¿Se trata de una simple curiosidad o de una útil investigación estadística? ¿Estos datos servirán en el porvenir para mejorar esa especie sagrada y absurda, que en la mayor parte de veces vive a contramano y que realiza la belleza como una misión impuesta por el destino, más que por una autodisciplina de las propias calidades y del misterio de la vocación con que ha nacido? Por mí misma, sé cuánto interesa a la gente, desde la más

simple e ingenua, hasta ésa que gasta una arruga en el entrecejo, el proceso de los comienzos poéticos.

Las preguntas son casi unánimemente siempre las mismas:

—¿Cuándo empezó Ud. a hacer versos?

—¿Cómo se reveló en Ud. el don poético?

—¿Qué sintió, qué hizo, cómo fue recibido por los que lo conocieron, su primer poema?

Se ha logrado que yo misma llegase a interesarme por ese principio confuso, por ese génesis sin historiadores puesto que, muerta mi madre, que tenía una candorosa adoración por mis versos, nadie podrá ayudarme a reconstruir el balbuceo inicial, a saber cómo fueron los primeros pasos vacilantes, sin alguien que me llevase de la mano, sin el más elemental conocimiento de la poética y casi ni del idioma.

Estoy creyéndome que la iniciación del poeta nato es algo así como la de un payador, vale decir, como la de un juglar o trovero. Se estremecerán los manes de los grandes del verso ante estas definiciones de tanta humildad y sobre las que el poeta culto acumula sonriente desprecio. Recuerdo como me sabía de memoria las décimas populares, sin autor conocido, tal como en el Romancero anónimo, de mi revolucionario Cerro Largo natal, y como yo procuraba imitarlas sintiendo, por una extraña e indefinida intuición infantil, que a las mías les faltaba algo, que ahora, sé que era: aquel aliento bélico, aquella pasión partidista, que tanto, los **blancos** como los **colorados** sabían poner en las palabras mágicas. La Virgen, la dulce María de Nazareth, inspiración de todos los grandes poetas clásicos castellanos, fue también mi inspiración primera. Pero trascendieron aquellos inocentes pecados de poética, nunca nadie dijo de mí, por ellos, que era un pequeño genio, jamás sentí desde el aire de los agitados abanicos de las comadres y parientes de mi madre, un soplo de gloria. Yo tenía unos catorce años cuando hice mi primer soneto. No supo que era un soneto hasta algún tiempo después, cuando Luis Onetti Lima, de permanente memoria, me lo hizo reproducir en la "Atlántida" de Constancio Vigil, tal vez recién fundada. La palabra "soneto" tuvo para mí un misterioso prestigio. No atinaba a encontrarla en su devela-

miento. En mi casa no había diccionarios, en torno mío no se diluía en el ambiente ese gas celestial de los términos retóricos que luego en un "Campillo" que Chico Carlo había heredado de mi hermana la dulce protagonista de "La Hermana y el Monstruo" un libro que, yo gusté y amé embriadamente. No podría decir de dónde extraje algunos sustantivos tan castizos como "alquería" y algunos adjetivos tan recónditos como "glaucos". ¿Acaso nace con uno, o viene de uno, una secreta adivinación o conocimiento del idioma que ha de ser por divino mandamiento su elemento constructivo? Es sorprendente como se va enriqueciendo el vocabulario de una criatura que apenas ha cursado las clases primarias, en un lugar entonces muy alejado de los centros de cultura y que no frecuenta sino las pueblerinas tertulias de su madre, que han de darle un material folklórico y de medio ambiente que luego no ha de utilizar sino como anécdota, mientras que lo que le es propio y vital le llega de un modo absolutamente misterioso y sin fecha determinada, ni circunstancias que le eliminen el misterio, tan replegado dentro de su ser. Tengo que dejar en la nebulosa de mis primeros recuerdos de mi creación poética, todo lo anterior a ese inicial soneto, cuyo título es "El Cordero"; habiendo vivido mucho en el campo, los elementos fundamentales de la breve y candorosa composición, no pueden ser más auténticos. En cambio, en el léxico se filtraron palabras realmente culteranas aunque pertenezcan al castellano. Cómo las atrapé para mi enriquecimiento verbal, no sé decirlo, no puedo decirlo. Aparecen ahí, bien puestas, sustituyendo con ventaja armoniosa "alquería" a la clásica chacra rioplatense, más aún uruguaya. Y tanto repetí oralmente mi soneto, que me quedó en la memoria como grabado a fuego. Es lo único mío que puedo decir sin apuntador y hasta creo que sin titubeos. ¡Lo sé, triunfalmente, de memoria!:

Sin madre, pequeño, lastimero,
con humedad de llanto en las pupilas
infantiles y glaucas, un cordero
me dieron de una granja en las esquilas.

Alegre y juguetón como un chicuelo
todo el verano retozó a mi lado.

y fue mi compañero con tal celo
que se hizo proverbial en el poblado.

Después, la vida me llevó muy lejos.
De una aurora otoñal a los reflejos
abandoné por siempre la alquería.

Pero el recuerdo de mi blanco amigo,
de aquel tiempo lejano que bendigo
me persigue en los sueños todavía.

Como soneto, aparte de la humildad tan patente-
mente juvenil, tiene una realidad absoluta. Es un soneto,
tal como Boscán lo trajo de Italia, tal como el Marqués de
Santillana lo incorporó a nuestra poética en los albores del
renacimiento, tal como luego Cervantes y Lope lo legaron,
en piezas inmortales a nuestra lengua. Un soneto con to-
das las de ley, sin conocer, sus leyes. Un soneto, por esa par-
te de prodigo que en mil cosas pone sus destellos en la vi-
da de los hombres, exactamente para quebrar su cruda va-
nidad, su pobre vanidad.

—Yo lo sé.

—Yo lo hice.

—Yo lo he creado.

—¿Y Dios? Pues, señores, Dios sonríe entre sus blan-
cas barbazas de buen padre, pues quien creó el soneto y el
endecasílabo, y la lira y la octava real, fue El.

Y El elige, en cada generación de seres petulantes, a
los que han de pasar por sus grandes poetas; aún aquellos
que pasan de satánicos, y los que pretenden competir con
la voz de los volcanes, y los disimulados, de vocecitas de
grillo y los que a El le cantan, y los que por sí lloran. In-
strumentos auténticos, arpas y cítaras del gran Tañedor, que
no fallan en su misión porque pese a todos los grandes de-
fectos de la sonora arcilla humana no fallan en su misión.

El da el oficio y el destino y el resplandor.

No sé si a su Divina Majestad le gustará pasar por el
verdadero autor de mi soneto casi quinceabriéño, "El Cor-
dero". En todo caso, a la menor demostración adversa, yo
lo borraría de mi memoria, con todo su candor y toda su in-
tuición de las formas consagradas.

Así fueron pasando los años de mi niñez y adolescencia, los de los triunfos escolares en las mejores composiciones de la clase y los primeros poemas publicados en el "Deber Cívico", de Melo, hoy decano de la prensa del interior del país. Debo a su director Don Cándido Monegal, esa hospitalidad lírica que colma de orgullo al autor novel y a Casiano, su hijo, el "Cacho" tan querido por todo nuestro pueblo, gran poeta que malogró la bohemia, un apoyo, un aliento, que quizás decidieron mi porvenir. Años radiantes, simples, rápidos, aún sin ambición, ni premoniciones de felicidad y amor. Me casé muy joven y muy joven recibí la dicha del hijo que sigue siendo lo más grande, mejor y único mío que tengo sobre la tierra. Mi marido era militar. Años de ambular de una guarnición a otra, de pequeños pueblos a pequeñas ciudades, una de las cuales, Rivera, me ha quedado en el corazón. Paz, cuadernos y cuadernos de versos, y "Las lenguas de diamante" en potencia pues casi todos los poemas que formaron luego ese volumen primigenio estaban en esas hojas de irreparable aire escolar. Y luego, en 1918, Montevideo. Montevideo, que al principio rechacé hasta el punto de que con mi madre día a día llorábamos por nuestro Melo y fue el mayor deseo regresar a él, a nuestra casona llena de parrales y rosas, huerta y jardín mezclados placenteramente. La adaptación fue lenta y dolorosa. Un día vi en el diario "La Razón", (el "Imparcial", después, dirigido por aquel gran señor total que fue don Eduardo Ferreira) una página literaria que empezaba a aparecer semanalmente, novedad en la prensa metropolitana. Y allá me fui una tarde audazmente con mis cuadernos de versos, y el milagro se hizo rápido y al aparecer simple, como todos los milagros. Fue un **fogonazo**. Una página entera bajo un seudónimo candoroso y ridículo, de perfume francés: "Jeanette de Ibar". La amparó Vicente Salaverri y ahí empezó mi destino literario ascendente, vertiginoso, sin que yo pudiera explicarme nunca, hasta ahora, los triunfales acontecimientos sucesivos. ¿He sido feliz? En la juventud tuve esa claridad dulce y risada de la mañana. Mi dicha ha sido la familia, tan independiente del éxito, cuando me he ido quedando sola con el hijo, cuando por mi linda y cuidada casa fueron pasando los vendavales trágicos que se llevaron los seres que me daban la pacífica alegría cotidiana, padre, madre adoradí-

sima, el marido que fué tan buen compañero. Desde entonces ya no sé más lo que es la alegría, ni casi la esperanza. Para una mujer, el éxito artístico no es la felicidad íntima, como un diamante fastuoso no puede suplir al sagrado pan doméstico. Doy gracias a Dios por lo que su magnificencia me ha otorgado, pero tal vez, puesto en los platillos de una balanza, a peso con lo que he ido perdiendo, yo no lo hubiese elegido. No es desconformidad ni soberbia, si no sencillo y profundo amor. Quiero mi oficio de poesía, y lo llevo sirviendo apasionadamente, 36 años ya. En 1919 la "Editorial Buenos Aires" dio mi libro "Las Lenguas de Diamante". Sigo fiel a esa servidumbre del verso y ya puedo juzgar mis primeras producciones con la serenidad con que se miran las cosas y los acontecimientos que van adquiriendo perspectiva y lejanía. Recuerdo que el escritor Manuel Gálvez, mi primer editor y prologuista, comentaba riendo, el empeño con que yo defendía cada signo de puntuación, cada palabra de ese libro que secretamente me parecía perfecto. El ya tenía su renombre de novelista, además de su gran cultura; pero la pequeña muchacha a quien se le hacía el honor de editarle "de buenas a primeras" un libro del que no pagaba ni siquiera el papel, no permitió que se le cambiase, o enmendara la más infima palabra. El tiempo me ha dado mesura y humildad y ahora soporto muy bien cualquier crítica si me parece justa y bien intencionada. Para las que no tienen estas dos condiciones, he aprendido también el olvido sin rencores. Jamás he salido a la palestra a defender mi obra. Y no es que no la quiera, libro a libro, como se ama a los hijos, si no que he ido adquiriendo la tolerante y melancólica sabiduría de la vida. Una vida, en la poesía, más joven de lo que yo misma deseara. El tiempo es el gran discriminador, el gran aclarador. A través de él todo ocupa su posición justa y adquiere, sin pasión buena o mala, sus verdaderas líneas! "Las Lenguas de Diamante" fueron una llamarada. El éxito llegó fulminante, el halago y la amistad me venían de cerca y de lejos, en una atmósfera de encantamiento. Gracias a Dios, no me envanecí nunca. Tengo la buena sangre de mi madre, y ella me formó a su semejanza, simple y directa como era ella misma. Nunca tuve propensión a embriagarme con la buena suerte, abroquelada por la inmensa y verdadera coraza del amor familiar y la fe religiosa. Sé, que sobre la tierra, nada vale más que eso y, que ahí está el paraíso terrenal

que se cree perdido. Siguió luego "El Cántaro Fresco" hace muchos años agotado, pero tan bien querido por el público, que se sigue pidiendo en las librerías como si se prefiriese ignorar "que ya no hay más". Pertenece ahora, como casi toda mi obra, a nuestro gobierno. Pero éste se ha olvidado totalmente de esa propiedad. Vino luego "Raíz Salvaje" que con los dos libros enunciados forman la trilogía inicial. Aún me duraba la saudade del campo y del pueblo, de la vida libre dorada bajo los grandes árboles a orillas de los pequeños ríos.

Aún podría decir:

¡"Si estoy harta de esta vida civilizada!
¡Si tengo ansias sin nombre de ser libre y feliz!
¡Si aunque florezca en rosas nadie podrá cambiarme la salvaje raíz!"

Y ahí empieza mi incurable melancolía. La adaptación se hizo inevitablemente, pero en lo más oscuro y secreto de las fuerzas de la sangre, la añoranza, ya sin motivo concreto, sigue nublándome el sol interior. Son cosas de la vida. El olor a las naranjas de Cerro Largo, dulces redondas y doradas, no puede ser abolido por el de las esencias más caras de Lanvin y Marcel Rochas.

Ese período de mi vida que abarca mis tres libros primeros, lo viví con los míos en la villa de la Unión, haciendo a la par versos y flores artificiales, ocasional "modus vivendi" que me ha dejado un tierno recuerdo de lucha en común con los míos y el orgullo de saber defender victoriamente mi casa y mi familia en la borrasca. Nunca he dejado de hacer versos, casi diariamente, aunque muchos poemas guardados sólo en la memoria, muy fiel, pero tal vez excesivamente recargada, se me fueron perdiendo, borrándose dentro de los casilleros naturales de los maravillosos depósitos intangibles.

Es mi costumbre la producción poética oral. Sale, solo, el primer verso. Y, como me contara Jinarajadasa, que es tierna costumbre del pueblo indio, en la pena, voy redondeando el poema de la misma manera, en un repetir sin descanso hasta que está entero, acabado ya. Después es el repetirlo para mí misma para la perfecta grabación íntima.

Generalmente no lo paso al papel sino cuando llega una oportunidad. Así fue con "Las Lenguas de Diamante", así con "Raíz Salvaje" así con todos hasta ahora. Esta costumbre da, como el tierno cuidado constante del hijo, un amor a lo que se crea que, independientemente de toda vanidad tonta por encima de todo narcisismo, es un verdadero sentimiento puro de maternidad y de creación, unido indisolublemente a nuestros centros vitales. El poema realizado así no es un conjunto más de versos afortunados o sin belleza, sino algo como nuestro propio aliento, nuestro propio sueño, nuestra buena hambre, resultantes funcionales perfectos; y es también un florecimiento del cerebro organizado por Dios para la trasmisión poética de su acento y emoción universales. Por el artista habla la divinidad. El oráculo de Delfos, cualquiera de los oráculos antiguos, no fueron un mito gentilicio, sino un modo de mandato celeste. El verso es también un modo celeste de revelación, y de unión con el alma de los hombres sensibles.

He sido pagada con creces por la comprensión de mis contemporáneos. El 10 de Agosto de 1929, tuve, en el Palacio Legislativo de Montevideo, una fiesta que sigue pareciéndome un sueño. Fue en ese momento como si caminara a través de un sueño. Continúa siendo así, aquel esplendor, aquellos amigos de toda América, aquellas pa'abras de alabanza, aquellos cánticos solemnes. Fueron mías esas tardes todas las violetas de Montevideo. Eran tantas en canastos y manojos, cubriendo el centro del Salón de los Pasos Perdidos, las gradas de la entrada y, en mi casa, desde la puerta de calle hasta la terraza, que parecía que una fragante ola floral lo hubiera invadido todo, para que yo no pudiese ya dar ni un solo paso sin ser sobre ella. Perdura, saltando sobre los años que han transcurrido, la sensación de ese perfume. Subvive, me asalta de pronto, llega en una racha de viento, se desvanece en mi aire dejando su rastro durante horas. Es el espíritu de aquel día en que me fue dado a conocer ese resplandor que llaman triunfo. Mínima, fui elegida por mis amigos para que conociese la generosidad humana.

En el año 1930 apareció la primera edición de "La Rosa de los Vientos". Es un libro brillante y rico, pero casi desconocido. "Lauzar", —que todos saben quién es y, su alto valor como crítico inapelable—, publicó sobre este libro una página entera en el diario "Imparcial". Le debo una

de las mayores emociones de mi vida literaria. Es un valioso estudio a fondo, hecho con inflexibilidad y a la vez con cariño, que me enorgullece siempre. Nadie más se ocupó de mi "Rosa de los Vientos", centelleante de imágenes y en cuyos poemas empieza el tramonto. Está lejos el estallido de "Las Lenguas de Diamante" y como en el vehemente verso de Pushkin se puede decir de "La Rosa de los Vientos" que es ". . . . dolorido vaso penetrantemente triste". Yo me imaginaba siguiendo con la voz de Pushkin, que "golpearía en los corazones con fuerza desconocida". Pero aunque sigo creyendo en él, y amándolo, hay algo que falla, puesto que no ha llegado a la multitud que es el gran juez.

Siguen luego dos volúmenes de prosa: "Loores de Nuestra Señora", poemas líricos netamente religiosos, que tuvieron gran repercusión en el mundo católico. Una gran alma, ya en la plenitud de la luz, hizo de él su libro diario de oración y todas las noches al borde de su pobre sueño de ser herido y condenado, leyó, hasta pocos días antes de su muerte una de las alabanzas a la Virgen del Perpetuo Socorro. La elegía al azar y por ella le encarecía a la Madre Divina, su devoción profunda. Esto ha bastado para que el pequeño libro se salve de la indiferencia común, y yo la quiera casi con preferencia.

En 1934 se publicó "Estampas de la Biblia", también prosa lírica. Son figuras del Antiguo Testamento, fuente universal y milenaria de poesía, inspiración de los artistas de todas las épocas, libro maravilloso en el que cada profeta parece esculpido por un genio y cada salmo cantado por un ángel. El profesor Simón Lucuix, a quien aún no conozco, personalmente, lo comentó página a página, durante un mes entero en su clase de literatura. Creo que él no sabe aún todo el bien que me hizo. El artista, sea cual fure su oficio de destino, necesita encontrar para su obra, que es siempre confidencia, eco y resonancia. No hay nada más atroz para un autor, que el silencio. Gracias a Dios, yo no he pasado por esa dura prueba, pero después de los tres libros primeros, todos los otros han caído, un poco en el frío de los lectores. Esporádicamente se comenta uno u otro, pero sólo "Las Lenguas de Diamante", "El Cántaro Fresco" y "Raíz Salvaje" conocieron la pasión del público lector. Fueron los más espontáneos y hasta a veces los menos comprendidos. El adjetivo **erótico**. Se prendió a esos poemas como un moscón salido de una carniza. Fueron

hechos por un ser que aún no había sido arrojado del paraíso. Pocos han sido capaces de valorar su pureza y su transparencia. La adolescente que escribió esos versos casi no sabía cómo llegaban a su realidad. Hay algo de mediumúnico, de dictado de lo desconocido, en la creación artística. Más de una vez me ha despertado del sueño la conciencia de que nacía de mí un nuevo poema, y éste ha sido tan completo, tan concluido, que nunca he podido retocarlo ni siquiera para sustituir una sola palabra que lo pudiera mejorar. Entonces creo que el poeta es sólo el misterioso aparato receptor de una voz que llega hasta él desde más allá de la vida y que su único mérito y valor consiste en no deformar, en ser fiel a esa confidencia suprema.

El 1944 aparece "Chico Carlo" autobiográfico, hecho entero con el corazón ya en la época en que la suerte empezaba a fustigarme con su látigo trenzado y los recuerdos felices tenían un suave y melancólico valor de bálsamo. Es un libro que ha llegado a la alma de muchos lectores, porque su veracidad resalta como luz y porque la gente ha encontrado en sus páginas muchas cosas de su propia vida y que sus íntimos recuerdos. Eso ha creado algo así como un nuevo y fuerte lazo entre la autora y sus lectores. Algo así como un parentezco cercano, como un vínculo de sangre, ha surgido entre ambos, por la emoción lograda y compartida. Amistades conmovedoras desde todos los países de habla castellana, han llegado hasta mí, con la pasión de un reconocimiento entrañable. Todo el mundo ha tenido en su niñez una mancha de humedad para encontrar en ella su universo de maravilla; todos, una amiga pequeña con quien compartir una ambición, y un secreto; y un amor de ángel, que luego el tiempo dispersa dejando sólo una leve huella de pena tierna, que una evocación feliz suele animar con sus colores antiguos y su gracia sumergida; todos un episodio de candoroso desengaño con el que se despertó a la realidad de la vida, sin poder olvidarlo nunca. En "Chico Carlo" está la infancia universal, y su absoluta sencillez y veracidad me ha acercado al corazón nostálgico del hombre. Si los versos pueden ser un dictado de la divinidad, "Chico Carlo" es un trasunto de la vida humana en los primeros tramos del camino y ha salido de mí, en forma y espíritu, con la melancolía de las evocaciones sin literatura, simples y veraces; con la fuerza de lo que se ha sentido y vivido a la par de todo el mundo. Una joven estudiante

haitiana, cuyo retrato denuncia su raza, de color chocolate y cabellos rígidamente crespos, me escribió adorablemente: "Querida señora hermana: he leído "Chico Carlo" y me estoy encontrando en él. Muchas cosas de las que a usted le pasaron siendo niña las he vivido yo también, que por ahora estoy muy cerca de ellas. Por usted y su libro empiezo a querer a los perros y ya no me pelearé más con mi hermana que me hace trenzas muy apretadas para estirarme el pelo, desgraciadamente sin éxito. Con otra amiga de mi edad —20 años— hemos anotado en un cuaderno las curiosas coincidencias que nos han hecho acercarnos a su corazón. Queremos a "Chico Carlo" con su ternura y lo lloramos con su añoranza.

La carta es larga, pero los párrafos esenciales son éhos. "Chico Carlo" coincide emotivamente con todo el mundo. Y es, salvando todas las distancias artísticas, el "Patero y yo" de este hemisferio.

En 1945 advienen "Los sueños de Natacha" para los que espigué en los ricos campos de Perrault, el mágico, y del cual hace poco dio en su teatro, heroicamente, una escuela del interior del país la pequeña pieza que se titula "La Mirada Maléfica" y que corresponde al clásico cuento de Barba Azul. En Argentina, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, España, y también en mi a veces frío Montevideo, se han ido representando esos dramas y comedias de niños y muñecas. "Puck" radioteatro, hecho también con propósito docente, vino luego, casi un año después. Y entretanto se iba haciendo el contenido lírico de "Perdida" que editó Gonzalo Lozada en 1950, en un cuidado volumen hecho a pura amistad generosa. Ya habían naufragado el valor juvenil, el ímpetu, la esperanza. "Perdida" despertó el sentido batallador de la crítica nacional. Para unos, afortunadamente los más, "Perdida" es un libro de angustia y desesperanza, que en nada desmerece de los que recibieron mayores alabanzas. Para otros es un poemario de decadencia, sin fuerza vital, pero en cierto sentido bello y desesperadamente heroico. Se me ha preguntado muchas veces el significado del título "Perdida", que escandalizó ruidosamente a una buena periodista antillana, creyendo que era una paladina declaración de mal camino confesado. Esta es una oportunidad para aclarar la elección de la discutida pequeña palabra que cobija ese puñado de poemas. "Perdida" era el nombre que D'Anunzio le daba a Eleonora

Duce y a mi me gustó mucho en aquel momento su secreta desolación, su renunciamiento, su invalidez. Se ajustaba maravillosamente a mi estado de espíritu en esa época. Todo lo mío se iba barranca abajo como por un tobogán trágico y yo no veía ningún camino que pudiera conducirme a la salvación y a la paz. Me encontraba como extrañada en una selva impenetrable; no alcanzaba a percibir una luz en la tierra ni una estrella en mi cielo. De ese lado de dolorosa desorientación, unida a la dulce historia de la Duce, salió el título de mi libro. El poema con que se inicia "Tiempo", es su primer testimonio. Otro, "El Grito" lo confirma más adelante.

Hubo un paréntesis dramático, de mala salud, y un duelo sin fin con la muerte de mi madre, que yo adoraba. El soneto que voy a leer, escrito ya en la hora de la resurrección, se asume todo el antiguo dolor y la nueva esperanza. Se titula "Regreso" y está todavía inédito, pues forma parte del libro de sonetos "Oro y Tormenta" que ha de publicar la editorial Zig — Zag, de Chile.



He de tener mis sauces, mis mastines
Mis rosas y jacintos, como antes
Han de volver mis duendes caminantes
Y mi marina flota de delfines.

Retornarán los claros serafines
Mis circos con enanos y elefantes
Mis mañanas de Abril, alucinantes
En mi caballo de alisadas crines.

He de beber la vida hasta en la piedra
Y hasta en el menguado zumo de la hiedra
Y en la sal de la lágrima furtiva.

Porque regreso de la muerte y tengo,
El terror del vacío de que vengo
Y la embriaguez hambrienta de estar viva.

Con la salud recuperada aunque todavía con la "tormenta encendiéndo sus centellas en mis llanos" llega una

época de producción **furiosa**, empleando esta palabra en un sentido común de vertiginosidad sin cansancio, continuidad de mañana y noche, creación sin espacios. Así se forma el nuevo block de "Mensajes del Escriba" y "Azor", incluidos en el tomo de las Obras Completas deliciosamente publicadas por la Casa Aguilar de Madrid en su preciosa edición "Joya"; y a continuación "Romances del Destino" dado por el Instituto de Cultura Hispánica, "Oro y Tormenta" que he nombrado y recién "Mis amados recuerdos" en prosa, que está publicando desgranada "El Nacional" de Caracas, y forma ya un volumen completo.

Esta producción continua, rápida, casi sin enmiendas, que me ha asombrado a mí misma, me está dando la convicción de cómo es absoluta y determinante la Voluntad Divina en todo proceso creador de la mente humana. Vi hace poco en el "Riders" (**Selecciones**, la conocida y jugosa revista norteamericana) idéntica declaración de un sabio danés a quien se interrogaba sobre las fuerzas nucleares y que le reconoce a la Divinidad parte decisiva en este vértigo de descubrimientos y conquistas con que el hombre actual se está acercando a los grandes misterios del universo. Soy demasiado católica para ejercitarme en las llamadas "Cien-cias Ocultas", pero puedo asegurar que he experimentado el mandato de poderes invisibles que me han dictado —**así, dictado**— mis últimos poemas a través de un estado-gracia que nada tiene que ver con el trance hipnótico y ni aún con el éxtasis de los místicos. Es como si de pronto una fuerza desconocida nos tomase enteros hasta que el poema es una realidad totalmente lograda. Esto me hace más humildemente consciente del valor y la potencia de las fuerzas mentales y espirituales del hombre, servidoras de otras superiores y que nos viene de la fuente universal, que es Dios, quien mide y dirige las obras determinadas por su Omnipotente Voluntad. Quizás corro un riesgo de ingenuidad al hacer en voz alta estas confesiones. Pero yo sé que muchos de los poetas presentes descubrirán quizás en este momento que a ellos les ha pasado lo mismo y que Dios está en el poema como está en el viento y está en el mar. La inspiración es su Divina Voluntad y Mandato determinantes.

En "Azor" he llegado al ejercicio, ya en ajustado juego de metros y formas del verso castellano en su equilibrio clásico. Esto no es encerrarse voluntariamente en límites

rígidos, sino modelar y pulir el verso, como lo hicieron los maestros, para que sea luz y oro, limpidez y música. Pasamos por una época a la vez incierta, caótica y revolucionaria. Se quiere renovar las cosas del mundo, ya que no pueden hacerse nuevos la tierra, el sol y sus consecuencias eternas. Es el siglo de los ismos. Pero en general tan confusos, tan disparatados, que constantemente se vuelven los ojos, a las normas primigenias para tener un **respiro** entre el huracán, o un punto de apoyo en el tambaleo universal. En arte poco se ha logrado. Salvador Dalí no supera a Velázquez, no se ha descubierto ningún nuevo Rodín, el teatro acierta a medias, sólo la novela ha encontrado rutas no conocidas hasta ahora, y la poesía, desvalida, ahogada entre la turba de los que quieren ser poetas y en la ocasión del desconcierto que reina, cuando quieren reencontrarse, vuelven a sus clásicos. El soneto ciñe con firmeza su divina corona. En "Azor" como en "Mensajes del Escriba", "Romances del Destino" y "Oro y Tormenta", he vuelto a las fuentes eternas y San Juan de la Cruz y Don Luis de Góngora me asisten. Puedo decir que estoy contenta con esos libros. Siento la magia de la consonante y de la medida, de la imagen sobre la claridad, de la expresión bruñida y el sentimiento y el pensamiento rotundos y nítidos en sus labrados continentes translúcidos. Regresé de la muerte para seguir en la fiel servidumbre del verso, que es mi destino. Y doy gracias a Dios por ello.

Y ahora para concluir, uno de los últimos sonetos del libro en prensa "Oro y Tormenta". Se titula "Cansancio".

CANSANCIO

¡Cómo mi nombre es repetido: ¡Juana!
¡Cómo se ha dicho para el mal y el bien,
Con la rosa triunfal de la mañana
Y en los heroicos nardos de la sien.

Juana en amor, y para el odio, Juana.
¡Ay, Juana en los sollozos y también
En el sonoro alerta de la diana
Y en la añorada ola del llantén.

Ahora ya sólo eco de algún día...
¡Juana! de una lejana epifanía,
¡Juana! del grito franco del chacal.

Me estoy durmiendo sin temer la muerte
Que ya camina en mi callada suerte,
Con su paso de fieltro, a mi portal.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL